

## OTROS AUXILIADORES

Li era un hombre rico que vivía en China. No sabía nada acerca de Jesús, así que adoraba a los ídolos. Un día algunos misioneros llegaron al país y le hablaron acerca de Jesús. Li abandonó sus ídolos. Llegó a amar tanto a Jesús que vendió todas sus casas y su tierra y entregó el dinero para la obra de Dios. Las personas a quienes Li había ayudado, a menudo le daban alimento y dinero para las cosas que necesitaba. Muchas veces tenía poco que comer; pero él creía que Dios, que había alimentado a Elías, lo alimentaría también a él.

Su sobrino, que vivía cerca, lo visitaba frecuentemente y le llevaba provisiones. Cuando recibía el alimento, Li agradecía a su sobrino y decía: “Es un favor de mi Padre”.

Un día el sobrino se enojó y dijo: “¿Qué quieres decir con eso del favor de tu Padre?; quisiera saberlo. El alimento es mío, y yo soy el que te lo traigo. Si no te lo trajera, no podrías vivir. Dios no tiene nada que ver con esto”.

“Oh, sí —contestó Li—. Él pone en tu mente pensamientos bondadosos para que me traigas el alimento”.

“Todo esto está muy bien —contestó el sobrino—, pero veremos lo que sucede si no te traigo alimento por un tiempo. Seguramente morirás de hambre”. Entonces cerró la puerta y se fue a su casa.

Por dos semanas completas el sobrino de Li no lo visitó. Durante ese tiempo, Li tuvo muy poco que comer. Y llegó el día cuando no le quedó nada para la siguiente comida. ¿Qué podría hacer?

Li se arrodilló y oró. Pidió a Dios que le enviara algo que comer. Mientras oraba, oyó el rumor de alas en el patio. También oyó un ruido, como si algo cayera al suelo.

Li se levantó y salió para ver qué ocurría. ¿Qué pensáis que vio? Muchos cuervos estaban volando alrededor de su casa. Uno de ellos dejó caer un pedazo de su comida a los pies de Li y siguió volando.

Inmediatamente Li inclinó la cabeza y dijo: “Es un favor de mi Padre”.

No lejos de allí había más alimento en el suelo, un gran pedazo de pan bien cocido y listo para comer.

¡Qué agradecido estaba Li mientras encendía el fuego para calentar la comida! Mientras la calentaba llegó su sobrino para visitarlo. Pero esta vez no le traía nada de comer. Se quedó muy sorprendido al ver la olla sobre el fuego. “¿Qué estás cocinando en esa olla?” preguntó.

“Estoy calentando mi almuerzo”, contestó Li. Al principio el sobrino no quiso acercarse a la olla porque no creía que hubiera alimento adentro. Finalmente la curiosidad lo venció, y cuando miró, retrocedió apresuradamente.

“¿Dónde conseguiste ese alimento?” preguntó.

“Mi Padre celestial me lo envió —fue la respuesta de Li—. Al principio Él puso en tu corazón el deseo de traerme comida. Pero cuando no lo quisiste hacer, envió a otros auxiliadores: los cuervos”.